

## La dimensión política del pensamiento de Foucault: luces y sombras

Josep A. Bermúdez i Roses

Parece bastante evidente que, en nuestra atalaya europea, la cuestión política, es decir la política como cuestión, ha dejado de preocupar a los ciudadanos, o mejor dicho a los consumidores o votantes. Nuestro modus vivendi es percibido habitualmente no como resultado de una historia —de sueños y de sangre— sino simplemente como aquello familiar que está ahí y que no podía dejar de estar. Así pues, nuestra organización política y la filosofía política que la ha hecho posible, por ser aquello que, como diría Foucault, es más visible a nuestros ojos, deviene, paradójicamente, invisible. Podemos pues estar asistiendo a la agonía del primer sistema político que «muere de éxito», al convertirse la democracia en una burda democracia formal donde la esfera de la política acaba siendo colonizada, por usar un término habermasiano, por el sistema económico, con el absoluto beneplácito de los participantes.

Esta es la «herencia» que el transcurso histórico del recién concluido siglo XX nos ha dejado para el nuevo milenio. Después del *big bang* de lo político que significó la Revolución francesa, puede que estemos asistiendo a la contracción de lo político, y que el horizonte del *big crunch* no esté demasiado lejos.

Es en este contexto en el que hay que leer la compilación de artículos que Pablo López y Jacobo Muñoz se han encargado de reunir en un libro dedicado a analizar la incidencia de la obra de Foucault en el pensamiento político actual. Y no es para nada desatinado que los editores hayan considerado conveniente que la urgencia que tenemos de pensar lo político confluya con la invitación que nos hace Foucault de utilizar su «caja

de herramientas» para llevar a cabo una ontología histórica de nuestro presente. El libro en cuestión ha sido titulado como «La impaciencia de la libertad», llevando como subtítulo el de «Michel Foucault y lo político». Hay que advertir que, pese a lo que sugieren título y subtítulo, no existe un claro hilo conductor del libro, ya que ni la cuestión de la libertad ni ninguna otra vertebran claramente dicho conjunto de artículos. Es más, ni tan solo la conjunción que se nos muestra en el subtítulo es una constante. Sólo en determinados artículos se aborda explícita y conjuntamente la

relación entre la filosofía foucaultiana y la filosofía política; en los otros, la mayoría, el autor se decanta, más o menos claramente, hacia uno de los dos términos de la conjunción.

Ahora bien, no cabe entender lo que aquí acabamos de exponer como un defecto e inconsistencia del libro. Todo lo contrario. Lo que se nos está ofreciendo es una pluralidad de visiones, interpretaciones y cuestiones sobre la obra de Foucault y sobre la encrucijada actual de la filosofía política. Así las cosas, se le permite, o mejor dicho, se le obliga, al lector a ser él quien haya de extraer las propias conclusiones y el

que se configure una imagen de la obra de Foucault que aparece aquí como un Foucault «caleidoscópico» que se reorganiza particularmente en cada artículo según sean los interlocutores filosóficos con que se le enfrente. Podríamos decir, foucaultianamente, que dicha publicación pone en suspenso la categoría tradicional de unidad-libro para convertirse en un foucaultiano «espacio de dispersión» alrededor del cual se desarrolla la batalla por pensar lo político. El denominador común de este espacio es la convicción presente en todos los artículos que se está asistiendo a ese colapso de lo político del que hablábamos antes (clausura la designa López Álvarez en su artículo). Ahora bien, sobre lo que no hay ningún consenso es de qué lado está el autor de Poitiers en esta batalla, si del lado de los que contribuyen a clausurar lo político o de los que se resisten a tal intento. Eso, como de-



Pablo López-Jacobo Muñoz, eds.,  
*La impaciencia de la libertad. Michel Foucault y lo político*,  
Biblioteca Nueva,  
Madrid, 2000, 365 pp.

cíamos, debe ser el lector quien lo concluya.

Sin embargo, debemos advertir, para no faltar a la verdad, que en su breve pero densa introducción titulada «Foucault contra Foucault» los compiladores nos ofrecen sus conclusiones. En dicha introducción manifiestan la intención de explorar «la dimensión estrictamente política del pensamiento foucaultiano» (p. 18), de aquel que, como dicen, ha hecho imposible el mantenimiento de un discurso inocente sobre Occidente, incidiendo en esos claroscuros de su propuesta filosófica y de acción, especialmente los que hacen referencia a la dimensión normativa de la analítica del poder. Ahora bien, en las obras foucaultianas estos claroscuros y tensiones son, en gran parte, buscados por él, aunque criticados por muchos. Su negativa a cristalizar su ontología histórica en un sistema ensamblado, su resistencia a saber qué pensaría mañana, producen, como contrapartida desorientación en el lector siempre ávido de certezas y seguridades. Pero es que, precisamente, nuestro filósofo pretende todo lo contrario, ponernos contra las cuerdas y hacernos sentir incómodos. Sin embargo, no por eso no deja también de ofrecernos, si no soluciones, sí insinuaciones, o como muy bien designó Deleuze, «líneas de futuro», incluso en el campo de la reflexión política. Por eso, afirmar, como se hace, que «es la propia intención teórica de Foucault la que sale dañada de esta serie de consideraciones» (p. 20), o sostener que sus propuestas de acción política, más que potenciar las prácticas de la libertad, la amenazan, son conclusiones que no cabe extraer necesariamente de la lectura de los escritos foucaultianos, especialmente si realizamos una lectura intensa y extensa de sus «Dits et écrits»; es más, de hecho, algunos de los artículos del volumen van precisamente en la dirección contraria a la señalada por los compiladores.

Así, aunque como el título de la introducción anuncia, se trata de asistir a un enfrentamiento de «Foucault contra Foucault», no entendamos necesariamente que este enfrentamiento es entre lo que él dijo –un Foucault explícito–, y sus inconsistencias –un Foucault

implícito–. Pensemos, por el contrario, que tal vez nuestro autor jugó siempre a este doble juego, que tal vez siempre han coexistido dos Foucault en continua tensión: uno dispuesto a asolar nuestro bucólico paisaje político ilustrado, y otro, decidido a actualizar ese ethos ilustrado que busca los puntos de fuga de nuestro presente, aunque no esté dispuesto, por la concepción del intelectual específico que mantiene, a decirnos qué hemos de hacer.

Invitamos pues al lector a que sea sólo él quien extraiga las conclusiones, y a que únicamente él valore si la aportación foucaultiana a la filosofía política debe anotarse en el «debe» o en el «haber» de la filosofía política. Para realizar tal atrevida «auditoria» el material que nos proporcionan los editores es más que suficiente, y sobre todo variado y de calidad. Pero permítasenos sugerir, no sólo elaborar las propias conclusiones, sino también el que cada lector marque su propio itinerario de lectura. Y es que el hecho de que no exista, como decíamos, un claro ni único hilo conductor, lejos de ser una desventaja, nos permite esta libertad. Por eso vamos a atrevernos, si bien no a elaborar un itinerario alternativo, sí por lo menos a ofrecer ciertas indicaciones sobre qué puede encontrarse en los diversos artículos presentados para que cada cual pueda elaborar su propio itinerario.

Así por ejemplo, aquellos lectores menos familiarizados con los problemas actuales de la filosofía política pueden empezar leyendo el último artículo «Los instrumentos de la libertad. Poder, estado y salvación», escrito precisamente por López Álvarez, uno de los compiladores. Con él entendemos claramente por qué es ahora urgente reflexionar sobre lo político como problema, cosa que se explica de manera escueta y sencilla en la introducción del artículo, así como cuál es la aportación de Foucault –y también de Adorno– al cambio de la percepción de lo político operado durante el siglo xx. Para López Álvarez, las tradiciones de estos dos autores, aunque buscan espacios distantes de los tradicionales y hegemónicos, espacios donde sea posible una construcción de la libertad y una subjetividad no normativizada

ni sometida, consiguen todo lo contrario. Y esto es así porque las contradicciones y desajustes internos que él ve en sus teorías, a lo que nos conducen es a disolver el espacio de lo político. En un análisis más que interesante este autor concluye que, esas filosofías de la excepción de Adorno y Foucault, más que potenciar el contenido crítico de sus teorías lo imposibilitan, aunque no por eso deja de reconocer que sus análisis críticos y deconstructivos nos abren «una valiosa vía para la reconstrucción crítica del espacio político» (p. 345). Analizando posteriormente también las luces y las sombras de la teoría del consenso habermasiana y la bastante desconocida recuperación derridiana de la crítica marxista en *Espectros de Marx* López Álvarez concluye su artículo hablando de la necesidad no de renunciar, como Foucault y Adorno, sino de ocupar el terreno de lo institucional, y de estudiar el espacio de las prácticas.

Si por el contrario el lector o lectora con lo que está menos familiarizado es con la obra de Foucault, puede recurrir a la lectura del escrito del gran divulgador de su obra Álvarez-Uría. Dichas páginas le servirán tanto para tener una visión de conjunto de la obra foucaultiana, como para descubrir en qué medida seguimos siendo deudores de las obras de Foucault, puesto que, como muy bien indica el autor «objetivar un problema es contribuir a resolverlo» (p. 86), y sin duda, aunque el genealogista francés no nos aporta directamente las soluciones a nuestros problemas, sí que contribuye, en este sentido, a resolverlo. Se analiza aquí el conjunto de su obra, desde lo que Álvarez-Uría designa como su «carácter experimental», abordando brevemente por separado cada una de las tres etapas de su producción y poniéndola en relación con los grandes autores del campo de la sociología (Weber, Durkheim y Marx).

Pero si lo preferimos, cómo no, siempre tenemos la posibilidad de ser más tradicionales y empezar por donde se supone, por el artículo que abre el volumen, el de José L. Pardo «Máquinas y componendas. La filosofía política». Este artículo tiene dos partes claramente diferenciadas; en la primera más que analizarse el pensamiento político y filosófico de Foucault lo que

se muestra es tanto el contexto en el que surge –Pensée 68– como las ambigüedades y contradicciones que en él se dan. Se nos presenta aquí un Foucault fascinado por la «vida de los hombres infames» que propugna una disolución del Derecho y del Estado y que emprende una huida hacia «lo privado». Se completa este análisis con la exposición de la evolución del pensamiento político de dos autores de este contexto como son Deleuze y Guattari y su «revolución molecular».

Después de estas páginas, donde ya la figura y la filosofía de Foucault comienzan a desdibujarse, nos encontramos con una segunda parte donde, a partir del concepto de estos autores de «agencement» («arreglo provisional»), se nos presenta una interesante «teoría de las componendas», pero donde la figura de Foucault desaparece ya definitivamente (lo cual no es lo más aconsejable para un artículo que encabeza un libro sobre Foucault). Con dicha teoría pretende el autor evitar esa problemática huida hacia lo privado que ve en quien, como Foucault, no espera nada del Estado ni del Derecho –excepto su abolición–, pero mantiene reivindicaciones políticas constantes. Se elude así enfrentar Estado y Derecho con un Exterior que no existe como tal –las «máquinas de guerra» en Deleuze y Guattari o las «relaciones de poder» en Foucault–, y se concluye que «el único modo de habitar esa tierra desnuda –y devastada– consiste en revestirla con las humildes ropas del Derecho» (p. 84).

Estas conclusiones no se diferencian mucho, aunque el planteamiento sea diferente, de las del artículo de Fernández Liria «Panoptismo y Estado de derecho». Tal vez sea este artículo, junto al de López Álvarez, el más centrado de todos, puesto que aborda precisamente esa relación entre Foucault y la filosofía política tal y como claramente se indica en su subtítulo: «Una reflexión sobre las posiciones políticas de Michel Foucault».

Es también éste artículo el más «virulento» contra Foucault, ya que en él se nos recuerdan tanto las «posiciones políticas banales» foucaultianas y la «moralina» presente en ellas como los peligros de esa defensa –junto a Deleuze y Negri– de un «poder constituyente».

También este autor, al igual que López Álvarez, considera un error de planteamiento, una oscuridad teórica, esa acratología, esa defensa del «poder constituyente» frente al Estado. Para Fernández Liria el advenimiento del Estado no es en sí una tragedia, dice, sino la forma de defenderse de la auténtica tragedia, del liberalismo económico, del auténtico «poder constituyente» que es el poder económico del mercado. Se dedica pues, y hay que decir que de forma muy sugerente, a invertir el análisis genealógico de la sociedad panóptica, para llegar a conclusiones inversas a las de Foucault y mostrarnos la gran pobreza, a su entender, del planteamiento teórico de Foucault, coincidiendo, aunque no lo diga, con el planteamiento de Habermas, en que éste, lejos de ser crítico con la sociedad moderna real y efectiva es más bien complaciente con ella. Al sospechar del derecho, concluye el autor, «Foucault se olvida de denunciar lo que ha sido el drama más grave de la sociedad moderna... la impotencia del derecho y de la instancia política en un mundo gobernado siempre en otro sitio» (p. 261).

Frente a este artículo que nos muestra las sombras foucaultianas, podemos ahora traer a colación otro no menos elaborado artículo que nos muestre también las luces. Nos sirve para esto el de Germán Cano, en el cual se realiza una lectura nietzscheana de las cuestiones más importantes de Foucault. Su título resume perfectamente el contenido «El teatro de la verdad. Sujeto y poder en Nietzsche y Foucault». En dichas páginas se abordan, entre otras cuestiones, aspectos tan importantes en estos dos autores como el de la voluntad de poder, de saber y de verdad, el ideal ascético y el vitalismo, la microfísica del poder, el poder pastoral... y se hace entrecruzando las reflexiones de manera que, en ciertas ocasiones, podemos tener la sensación de que Nietzsche y Foucault son un único autor. Su lectura, además de servirnos como resumen de ciertos aspectos cardinales de la filosofía de Nietzsche, nos sirve para entender por qué vías hacía transitar Foucault su reflexión sobre lo político y para contrastar lo que aquí se dice con ciertos en-

foques de los artículos de López Álvarez, de Pardo y de Fernández Liria.

Lo mismo podemos hacer con otro artículo no virulento, sino apasionado con Foucault, como es el de Pablo Perea titulado «Los archivos de Michel Foucault». Con él descubrimos cuál es el tratamiento y concepción que éste tiene de los «archivos» y las repercusiones política de tal concepción. En este artículo, que cuenta con una magnífica prosa, partiendo de la calificación deleuziana de Foucault como el «nuevo archivista», se nos muestra como éste, al abrirnos un espacio de curiosidad y de estupor, deviene precisamente eso, archivista o incluso escritor de historias, pero no historiador, al no interpretar ni formalizar esos archivos. Describir el trabajo de este arqueólogo que trabaja no con «documentos» sino con «monumentos», y que nos muestra con sus libros el carácter instituyente —y violento— de los archivos es el propósito, sin duda conseguido, del artículo. Permítanos de nuevo el lector realizar una nueva sugerencia. Compárese, para ver cómo Foucault puede ser al mismo tiempo aclamado y vituperado por lo mismo, la explicación que aquí se hace de su atracción por las «vidas infames» con el tratamiento de esta cuestión en el artículo de Pardo, o lo que se dice sobre las prácticas con lo que dicen Fernández Liria o López Álvarez.

Nos quedan por comentar dos artículos que coinciden en centrarse en la última etapa del pensamiento de Foucault. Uno es el de Ramón Máiz «Postmodernidad e ilustración: ontología social y reflexividad del sujeto en el último Foucault». En él encontramos un exhaustivo recorrido crítico y demoledor de las últimas producciones foucaultianas y de los problemas de encaje existentes entre la analítica del poder y su nueva hermenéutica del sujeto. Después de resumirnos las principales novedades de su último desplazamiento y de exponernos pormenorizadamente cómo Kant, Hegel y Marx han propuesto diferentes articulaciones y mediaciones entre Estado de Derecho y autonomía individual, lo que se pretende es mostrarnos cómo Foucault, al no reconocer lo que el autor designa como «la insoslayable pluralidad del pensamiento ilustrado»,

incurrir en nefastas simplificaciones que le impiden aprovechar el potencial crítico del pensamiento ilustrado y dialéctico, a diferencia, según él, de Adorno. (Como vemos esta argumentación es recurrente en los críticos de Foucault.)

No piensa tampoco Ramón Máiz que el último viraje foucaultiano mejore las cosas, ya que habría que sortear esas indefiniciones, ausencias conceptuales y aporías que él explica y que conducen al filósofo francés tanto a un «positivismo» como a un «esencialismo naturalista», indefiniciones que no son más que el lastre de las concepciones del saber y del poder que no acaba de superar.

La otra alternativa para acercarnos a la última etapa de su filosofía, pero ahora desde una perspectiva netamente foucaultiana, es leyendo el artículo de Francisco Vázquez «La construcción del sujeto deseante. Confesión y técnicas de subjetividad» que en esta ocasión más que hablarnos de o sobre la última etapa de su obra, lo que hace es continuarla. Realizando una exhaustiva investigación personal sobre la concepción de la sexualidad y de las técnicas de sí en la época de la Contrarreforma tridentina, el autor quiere continuar ese análisis –inacabado por Foucault– sobre la época final de la «experiencia cristiana de la carne», época donde se producen grandes cambios y reestructuraciones en relación con el periodo anterior. Se analiza pormenorizada y documentadamente esos desplazamientos de la pastoral contrarreformista que contribuyeron en la misma época que empezaba a gestarse el sujeto epistemológico moderno, a construir también una «subjetividad deseante», que sin ser ni mucho menos la subjetividad burguesa nacida del «dispositivo de la sexualidad», sí que hace posible la cesura que la permitirá.

Tenemos pues la posibilidad de disfrutar con este «espacio de dispersión» compuesto por interesantes, elaborados, documentados y contrapuestos artículos que, como diría Foucault, nos obliga a pensar por nosotros mismos contra nosotros mismos, y por qué no, también con él y contra él nuestro «hoy» político.

Josep A. Bermúdez i Roses es doctor en Filosofía.

## Límites de la flexibilidad

Emèrit Bono

La lectura de este libro tiene «duende». Empiezas a leerlo con cierta suspicacia, si no con prevención (flexibilidad laboral frente a trabajo fijo, la evanescente empresa-red frente a la empresa de siempre, etc.), pero a medida que avanzas en su lectura, los documentados argumentos del autor te van ganando, impregnando, y empiezas a sentir cierta fascinación al observar la habilidad y rigor con que Martin Carnoy va desgranando la incidencia transformadora de la economía flexible (innovación y tecnología de la información más competencia globalizada) sobre los mercados laborales tradicionales, los mecanismos de cohesión de la institución familiar y de la convivencia colectiva. Pero Carnoy no se queda ahí: a los procesos de fractura social que genera la economía flexible, la llamada nueva economía, contrapone la necesaria reconstrucción de las redes sociales de cohesión social a través, especialmente, de la configuración de comunidades de conocimiento.

Como advierte Manuel Castells en su magnífico prólogo, «la flexibilidad productiva que está en la base de la nueva economía y la individualización de las relaciones sociales que está en la base de la sociedad red quebrantan el fundamento de la sociedad como sistema de convivencia colectiva».

### ¿Fin del trabajo como consecuencia de la sociedad informacional?

¿Las nuevas tecnologías sustituyen mano de obra? ¿Aumenta la descualificación de los trabajadores? ¿Se puede hablar del «fin del traba-



Martin Carnoy

*El trabajo flexible en la era de la información, prólogo de Manuel Castells, Alianza, Madrid, 2001, 289 pp.*